

Manuel Rojas.

ACERCA DE LA LITERATURA CHILENA

EN su *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura* (1), Raúl Silva Castro decía que están de moda los panoramas literarios. Así es, están de moda. Pero hay dos clases de panoramas: los que se miran por delante y los que se observan por detrás, es decir, los panoramas literarios y los panoramas humanos, que explican o pretenden explicar una literatura por la observación de los hombres que la han producido. En el primer caso, se mira el conjunto de una literatura como quien, normalmente, mira un tapiz, de frente; en el segundo, se mira por detrás, como si el cañamazo interesara tanto o más que lo que representa el tapiz. ¿A qué tipo corresponde el de Raúl Silva Castro? Al segundo; pero más que trazar un panorama, lo que ha hecho ha sido meter una mano en el de la literatura chilena y abrir un agujero. Lo que hemos visto por este agujero necesitaría un libro para ser examinado y descrito. Otros quizás lo hagan. Yo me limitaré a una labor más breve. Examinaré algunos aspectos del cañamazo de la literatura chilena.

* * *

En la *Paradoja* a que me he referido, Raúl Silva Castro decía:

(1) Véase el número anterior de *Atenea*.

La literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia.

Tal era su afirmación. Pero ¿por qué están ausentes de la literatura chilena todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia? Después de una disquisición de carácter socio-psicológico, donde estudiaba someramente la formación, la vida y las costumbres de la clase media, el autor de la *Paradoja* respondía:

Una luz especial ilumina el proceso de nuestra literatura cuando se observa que ella está entregada, con leves excepciones, a hombres mesócratas. En la expresión escrita deben reflejarse los asuntos y las costumbres sociales. Una clase social deprimida y siempre temerosa de caer en lo arbitrario no puede crear un arte grande.

Es decir, que el origen mesocrático de la mayoría de los escritores chilenos tendría la culpa de que los grandes problemas de la vida y las inquietudes de la inteligencia estén ausentes de la literatura de este país. Tal es el hecho que el autor de la *Paradoja* indicaba y tal la explicación que de él nos daba. Yo no voy a discutir la existencia del fenómeno, o sea, la ausencia de problemas en la literatura chilena. Reconozco que así es y todos tendremos que reconocerlo. Lo que quiero discutir es el por qué. Me permito opinar que la explicación de Silva Castro es insuficiente. Hay otras explicaciones y esas son las que voy a intentar.

Me ocuparé primero de la cultura del escritor chileno. Debo advertir que al hablar del escritor chileno me refiero al escritor de este momento, al escritor de hoy, entre los cuales me cuento. La mediana y a veces mediocre cultura del escritor chileno es una de las causas que provoca aquella ausencia que lamentamos. Cuando leemos *El mundo de William Clissold*, de

Wells, en donde el escritor inglés estudia el problema de la personalidad y del destino, o cuando leemos el prólogo de *Volviendo a Matusalén*, de Shaw, en el cual este autor estudia y pretende explicar algunos problemas biológicos y morales, llama la atención la facilidad con que ambos tratan las ideas pertinentes a esos temas. En el prólogo de *Volviendo a Matusalén* se encuentran subtítulos como éstos: El ocaso del Darwinismo. El advenimiento del neodarwinismo. Inadaptación política del ser humano. Evolución creadora. Los evolucionistas tempranos. El advenimiento del neo-lamarckismo. Cómo las cualidades adquiridas se heredan. Darwin y Carlos Marx. La poesía y pureza del materialismo, etc. No copio otros para no ser tedioso, pero advierto que todos tienen el mismo o mayor interés. Cada uno de estos subtítulos contiene una glosa sobre la materia que indican, y aunque la glosa no es muy extensa se echa de ver que Shaw habla de cada tema con profundo conocimiento. Y no podría ser de otra manera. Recordemos quién es Shaw, la situación que ocupa en la literatura inglesa, los rivales que tiene, entre los cuales se cuenta el enorme Chesterton, y veremos que no puede hablar a vuelo de pájaro. Es posible que esté errado en sus apreciaciones, es muy posible que esté equivocado, pero no es posible que esté indocumentado. No se puede hablar de la oposición que existe entre las doctrinas de Darwin y Lamark, no se puede hablar de la influencia de Samuel Butler en cierta rama del problema biológico-moral, sin conocer a fondo las ideas de estos sabios y escritores, sin haber leído sus libros, sin haberlos meditado. Shaw no puede sacar sus conocimientos de la Enciclopedia Británica ni de cualquier manual de divulgación de esos problemas. En cuanto lo hiciera, su posición literaria e intelectual sufriría rudo golpe. Diez o veinte hombres de ciencia, diez o veinte escritores o pensadores se le echarían encima y lo

harían cisco. En Inglaterra y en casi todos los países de Europa la lucha por las ideas es el pan de cada momento, pan del que desgraciadamente carecemos en el valle que riegan el Mapocho y el Maipo, donde no discutimos las ideas sino cuando hieren nuestra personalidad social o literaria o nuestros intereses económicos.

Ahora, sentado esto último, miremos a nuestro alrededor o más allá y preguntémonos: ¿cuál es el escritor chileno que puede, en este mismo instante, hablar o escribir sobre los problemas que Shaw trata en *Volviendo a Matusalén* y Wells en *El mundo de William Clissold* y hacerlo con la misma desenvoltura y seguridad con que éstos lo hacen? O ¿cuál es el escritor que puede hablarnos a fondo de cualquiera de esos problemas que exigen no sólo experiencia propia o intuición de él, sino también conocimiento, cultura, crítica, razonamiento? (Pregunto cuál es el escritor y no cuál es el hombre.) Puede que alguien pregunte: ¿de qué le servirá a un novelista tener una cultura biológica, una cultura filosófica, una cultura psicológica o una cultura cualquiera, que no sea cultura literaria? Pero yo podría preguntar a mi vez: ¿de qué le sirvió a Shaw tener cultura acerca de las ideas de la herencia, de la biología, de la sociología? Le sirvió para escribir *Volviendo a Matusalén*. Shaw no hubiera podido escribir esa obra sin tener la cultura de que da muestras en el prólogo del libro. Esa cultura le sugirió ese libro, porque la cultura sirve al escritor, al artista, al creador, no como un simple almacenamiento de conocimientos—lo cual lo convertiría en erudito, cosa de la que debe escapar como un creyente escapa del diablo—, sino como sugeridora, como iluminadora de sus creaciones, en las que infunde ese soplo de universalidad que vemos en los libros de Wells, de Shaw, de Chesterton, de Gide y de otros escritores europeos.

Voy a citar aquí de nuevo a Max Scheler, y digo de nuevo porque lo acabo de citar en un artículo sobre *El poema y la cultura*:

Culto no es quien sabe y conoce muchas modalidades contingentes de las cosas (polimatía), ni quien puede predecir y dominar, con arreglo a las leyes, un máximo de sucesos—el primero es el erudito, y el segundo, el investigador—, sino quien posee una estructura personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo.

Esa cultura es la que no tiene el escritor chileno. La que tiene, en la mayoría de los casos, es cultura literaria, la cual no sirve absolutamente para nada cuando se trata de crear obras con un contenido humano y científico. Si la tuviera, se vería en sus obras. Si la tiene, no la muestra. Quizá dos o tres escritores, tal vez menos de dos o tres, la tienen, aunque en escasa cantidad; pero si examinamos la obra que van realizando esos escritores, situados entre los más jóvenes, veremos que evolucionan más hacia el terreno de la crítica, de la erudición o de la interpretación histórica, que hacia el de la creación literaria. Su cultura se sospecha en algunos de sus artículos, en sus intentos de ensayo, en sus trabajos de interpretación, a veces sólo en su conversación, pero llegado el momento de hacer obra literaria abandonan la cultura y se entregan a reminiscencias de la vida particular de Chile. ¿Por qué? No lo sé todavía ni debe interesarnos en estos momentos. El tema nuestro es otro.

Ahora bien: ¿qué puede hacer un escritor que carece de aquella cultura que le permitiría abordar temas de alta significación intelectual? No puede, sin caer en el ridículo, entregarse a trabajar una obra que tenga como tema básico o principal un problema

que requiera conocimientos anteriores para ser tratado. Y ante esta dificultad, que no es insuperable, sino perfectamente franqueable, el escritor chileno se dedica a lo que le rodea, a lo que menos preparación y esfuerzo intelectual le cuesta, a lo que no le exige sino cierta preparación literaria, espíritu de observación, retentiva y habilidad; a la descripción de lo objetivo, que a veces llega a ser superficial a fuerza de ser objetivo: el campo, las montañas, el mar y los hombres de Chile.

¿A qué se debe esta insuficiencia cultural del escritor chileno, entre los cuales, repito, me cuento yo? Considero que se debe generalmente a un error de método. Si se pregunta a los escritores de hoy qué es lo que leen actualmente, responderán: una novela, un libro de viaje, uno de cuentos o uno de crítica literaria, es decir, literatura. Difícilmente habrá uno que lea algunas de esas pesadas obras que tratan problemas generales de la humanidad. ¿Por qué no las leen? Repito: es sólo un error de método, una falta de previsión, a no ser que sea—y el caso se da—indiferencia por las ideas. Algunos de ellos dicen: «El campo chileno no está agotado para la literatura. ¿Por qué abandonarlo y recurrir a temas que podemos tratar una vez que agotemos el campo?» Sí, es posible que el campo, que el roto, que el campesino, que la montaña y que el paisaje no estén agotados. ¿Pero se ha pensado en el lector? ¿No será él el agotado? Citemos a algunos escritores actuales y veamos sobre qué escriben o sobre qué han escrito: Mariano Latorre, costumbres campesinas; Marta Brunet, costumbres campesinas; Luis Durand, costumbres campesinas; Santiván, actualmente costumbres campesinas; Maluenda, *Escenas de la vida campesina*, su obra principal; Manuel Rojas, rotos y campesinos; Januario Espinosa, costumbres campesinas y de la clase media provinciana; Joaquín Edwards, *El Roto*;

Eduardo Barrios, *Un perdido*, su mejor obra, tipos y costumbres de Chile. No los he nombrado a todos, pero los demás, con la excepción de algunos que se dedican a describir tipos extranjeros o internacionales, creyendo así escapar al lugar común de la literatura nacional, pero en realidad cayendo en un lugar común internacional, con algunas excepciones, digo, excepciones de número y no de calidad, siguen la senda del roto y del campesino. Después de leída esta lista, ¿no es cierto que resultan demasiados rotos y demasiados campesinos para un público tan escaso como el que poseemos los escritores chilenos? ¿No es cierto que se echa de menos algo que salga del campo, de las montañas y de la vida exterior de los hombres que viven en ese campo y en esas montañas, algo que no sea sólo un recuerdo de lo que se ha visto o vivido o imaginado alrededor de esos temas? Si recordamos que todos los escritores de Chile tenemos más o menos los mismos lectores y si recordamos que todos les damos la misma literatura, tendremos una idea clara de la situación. No se puede escribir durante veinticinco o más años una literatura así, semejante en el fondo y con escasas variaciones en la forma, literatura que no ha logrado todavía cristalizar una obra maestra, sin fatigar a una o dos generaciones de lectores.

Pero no debemos desesperar. Creo que si algunos escritores que recién se inician no se entregan a una sabiduría sin trascendencia humana o a una cultura unilateral, especialmente literaria; si aprovechan el ejemplo de los escritores europeos, para quienes el escribir no es sólo una forma de narrar sucesos vistos o vividos, sino también una forma de manifestar en sus obras las ideas y los sentimientos, los problemas y las inquietudes del mundo que los rodea; si saben utilizar en sus producciones la cultura más o menos amplia que poseen y la que adquieran luego, trans-

formándola y adaptándola en beneficio de la creación literaria, creo, repito, que sacarán a la literatura chilena de la uniformidad en que yace desde hace tantos años.

Con esta esperanza y con este buen deseo—que espero me será agradecido como se merece—termino esta primera parte de mi trabajo. En ella me he referido exclusivamente a los problemas que exigen, para ser explotados en la literatura, una cultura especial preliminar, es decir, a los problemas con raíz científica. En la segunda parte me ocuparé de aquellos que pueden ser tratados sin más acopio anterior que la intuición o la experiencia personal, entre ellos el problema sexual y la inquietud metafísica, problemas e inquietudes contingentes en la personalidad intrínseca del hombre.

*
* * *

En una parte de la *Paradoja* Raúl Silva Castro decía:

Se me dirá, seguramente, que para llevar a la literatura ese género de preocupaciones es necesario que el escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado tales inquietudes. La objeción es insuficiente. El escritor es el producto de una minoría, y la minoría desde la cual él se lanza a explorar el mundo de las formas, que sigue su carrera y corona sus triunfos, es siempre una minoría para la que la inteligencia existe y los problemas espirituales tienen realidad y a veces urgencia.

Hasta aquí el párrafo (más adelante asegura que «esa minoría se da en Chile»). Considera él insuficiente la objeción que podría hacérsele. Reconozcamos que lo es, pero veamos en seguida si la réplica suya a esa objeción no lo es igualmente. A mi entender, la objeción y la réplica pasan muy superficialmente sobre un fenómeno que tiene mucho alcance. Me refiero a la personalidad del escritor. El escritor no

es sólo el producto de una minoría, aunque también esto puede ser discutible, sino que es también, y más que nada, el producto de sí mismo, el producto de su personalidad, de su personalidad moral, biológica, fisiológica, cultural, de su personalidad entera, en fin. En esa personalidad, en la creación y la formación de esa personalidad, no ha tomado parte sino en una mínima proporción—algunas veces no ha tomado parte ninguna—esa supuesta minoría desde la cual el escritor se ha lanzado a explorar el mundo de las formas. Opino que no es bastante que un escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado inquietudes de esta o aquella índole; es necesario también que él las sienta en sí mismo. (Vuelvo a repetir que únicamente hablo aquí de los problemas e inquietudes que pueden ser tratados con sólo tener la intuición o la experiencia personal de ellos. Ya he hablado de los otros.) Parecerá exagerado lo que he dicho, pero no lo es. Veámoslo. Tomemos un ejemplo: Pedro Prado. Según el autor de la *Paradoja*, el poeta de *Flores de Cardo* constituye una excepción en la literatura de hoy. En esta afirmación hay, en primer lugar, un error. Y creo que hay un error porque estimo que Pedro Prado es sólo un poeta, nada más que un poeta, hasta cuando habla de arquitectura y hasta cuando hace pintura. Y siéndolo, como indudablemente lo es, hasta en *Alsino*, su mejor obra, que aparentemente es una novela, pero que en realidad es sólo un poema novelado, no se le puede considerar como una excepción en la literatura de que hablamos. No lo puede ser—como no lo puede ser Gabriela Mistral—porque aquí no tratamos de los poetas ni creo que Raúl Silva Castro los incluyera en su *Paradoja*; en ella no aparece nada que se refiera a la poesía. Los poetas y la poesía tienen su mundillo aparte del nuestro, novelistas o cuentistas, ensayistas o lo que sea, es decir, individuos que pudieran tratar

en sus obras, de una manera amplia y directa, no de una manera poética, por imágenes o metáforas, los problemas y las inquietudes del género humano. Entiendo que se habla de los hombres que caminan, no de los que bailan, como diría Paul Valéry. Si fuéramos a nombrar y a exceptuar de la literatura de hoy a todos los poetas que han expresado en su obra inquietudes de cualquier índole, tendríamos que citarlos a todos o a casi todos.

Pero, aparte de esto, supongamos que Pedro Prado pudiese constituir una excepción entre los cuentistas o novelistas chilenos; aceptemos esta suposición como un hecho cierto y veamos cuál es el fondo de sus obras y cuáles los problemas o inquietudes que ha glosado. La obra de Pedro Prado se caracteriza por una suerte de vacilación espiritual, de vuelo abstracto, por una especie de inestabilidad material e intelectual, cuya expresión más exacta y más hermosa la ha dado el poeta en *Los pájaros errantes*. Podríamos decir que Pedro Prado es uno de esos pájaros errantes, pájaro sin alas que intentó tenerlas en *Alsino*, con el resultado que conocemos, resultado que se debe tal vez al concepto espiritual de sí mismo y del hombre en general. Tal se me aparece a mí Pedro Prado cuando pienso en él e intento representarme su fisonomía mental y su actitud literaria. ¿A qué se debe la actitud y el carácter literario de este hombre? En vano buscaríamos en Chile una minoría anterior a él, desde la cual hubiera podido surgir. Su origen debemos buscarlo en él mismo, en sus lecturas filosóficas extranjeras, en su temperamento, en su costumbre de deambular por los campos, en sus largos monólogos interiores, en su vida casi solitaria, en su afán de buscar y desentrañar los problemas que siente en sí mismo y que han surgido en él no por la influencia de una minoría cualquiera, sino gracias a lo que he indicado antes: sus lecturas, su temperamento, sus costumbres.

Y siendo Pedro Prado como es, lo lógico es que en sus obras se reproduzca él mismo, exprese lo que siente, lo que anhela, lo que le interesa como hombre. Es posible que haya en Chile personas que sientan más o menos lo mismo que siente Pedro Prado, pero el sentimiento y la preocupación de esos hombres habría quedado sin expresar si Pedro Prado no lo hubiera sentido a su vez. Una vez expresado eso por el autor de *La casa abandonada*, la minoría reconoció en él a su hombre, a su profeta o a su poeta, es decir, el poeta agrupó esa minoría en torno a su obra, la creó podría decir; no fué el producto ni la formación de ella.

De ahí que yo diga que no es bastante, para llevar a la literatura ese género de preocupaciones, que el escritor habite un pueblo en el cual existan en mayor o menor grado tales inquietudes, sino que es necesario también que el escritor las sienta en sí mismo. Pueden existir alrededor de él miles de inquietudes, miles de preocupaciones, pero unas y otras quedarán inéditas en la literatura si no tienen origen o eco en la personalidad del escritor. Este sólo hablará de lo que le preocupa como hombre.

Además de las inquietudes que Pedro Prado ha expresado en sus obras, existen en Chile otras, por ejemplo, la inquietud o el problema sexual. Pedro Prado no se ha ocupado de ella, y no se ha preocupado porque no le interesa. Recuerdo que un día nos encontramos en el centro. Yo llevaba en las manos un libro de Porché titulado: *El amor que no osa decir su nombre*. Lo tomó, leyó el título y se quedó pensativo un instante, como sorprendido por el título o como si pensara en lo que quería significar. Al caer en ello me miró con más sorpresa aún, de un modo especial, como se mira a un hombre anormal, casi con una mirada de sospecha, y me dijo:

—¿Usted lee esto?

—Sí—le respondí.

—Me sorprende que a usted le interesen estas cosas. A mí no me han interesado nunca.

No le interesaba ni siquiera por curiosidad, mucho menos personalmente y no interesándole de ningún modo, el problema sexual queda forzosamente exceptuado de su obra. Se dirá que a un solo escritor no le pueden interesar todos los problemas y que uno hablará de éste y otro de aquél. Precisamente, pero siempre le interesarán los que tengan relación personal con él.

Si extendemos la mirada más allá de nuestro país o si examinamos algunos de los nombres citados en la *Paradoja*, veremos que el caso de Pedro Prado se repite. Elijamos a André Gide, a Miguel de Unamuno y a Dostoyevsky.

En el caso de André Gide no tendremos mucho que hablar. Dice el autor de la *Paradoja* que «Gide ha creado una obra en que los problemas de la personalidad ocupan un sitio dominante». Si recordamos la personalidad de Gide nos daremos cuenta inmediatamente de que es en ella donde está el origen de su obra. No quiero decir con esto ni suponer que toda ella gire alrededor de lo mismo, no; pero lo principal, aquello en que Gide se destaca y por lo que es generalmente conocido, sí. El resto, en que Gide estudia o expone otros problemas que no tienen relación directa con el sexual, se debe esa cultura. En 1891, hablando de uno de los primeros libros de Gide, Gourmont decía:

En cuanto al presente libro, es ingenioso y original, *erudito* y delicado, revelador de una bella inteligencia: se me antoja como la condensación de *toda una juventud de estudio*, de ensueño y de sentimiento, de una juventud concentrada y perezosa...

Gide nació en 1869 y estas palabras fueron escritas en 1891, es decir, cuando el futuro autor de *Corydon*

sólo tenía 22 años. ¡Veintidós años! Y ya se le decía que su libro era *erudito*, la condensación de *toda una juventud de estudio*. ¿Qué escritor chileno ha merecido nunca a esa edad palabras semejantes? Vemos, pues, que gracias a su propia personalidad y a su cultura, Gide ha podido realizar su obra, obra que hubiera realizado en cualquier pueblo europeo, aun en uno en que no hubieran existido las inquietudes que él sentía. Las sentía en sí mismo y eso era suficiente. Pero hasta en eso la suerte le fué propicia: André Gide nació en París.

Si de André Gide pasamos a Unamuno, el caso se repite. Es su personalidad la que influye en su obra y la crea, prescindiendo casi en absoluto de la realidad circundante. Dice Raúl Silva Castro:

Llamo general al sentimiento o a la idea que alberga indistintamente el hombre de cualquier tierra y de cualquier tiempo, por ejemplo, el sentimiento de la inquietud metafísica. Esta inquietud la expone detenidamente Unamuno, en *El sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*.

En ese libro Unamuno habla de lo que personalmente le interesa: el destino del hombre, la inmortalidad del mismo, la inquietud metafísica, en fin. En don Miguel de Unamuno esta inquietud metafísica llega a lo patológico. Citaré unas palabras de José María Salaverría que explican de una manera cierta, aunque un poco humorística, esta actitud de don Miguel:

El tono unamunescos quiere decir exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno. Y después, como ampliación o consecuencia de lo anterior, un anhelo angustioso, patético, mezcla de lamento y de apóstrofe, del ser mortal y pasajero que se rebela a morir, no sólo como literatura, sino como carne. Luzbel y Narciso en una pieza. Tanto, que uno de los motivos que más lo sujetan a Unamuno al cristianismo es la categórica seguridad con que el cristianismo mantiene el dogma

de la resurrección de la carne. Resucitar con sus barbas y todo, y vivir así eternamente en cualquier sitio del cielo o del infierno, tal es el sueño preferente de Unamuno

Vemos, entonces, que también en don Miguel de Unamuno existe personalmente el problema que explota en literatura; no le ha venido de fuera. Su obra, especialmente el libro a que nos referimos, es el producto de sí mismo; tal vez en ella hayan influido sus lecturas filosóficas, pero esas lecturas filosóficas hubieran existido sólo como simple cultura, sin buscar en ellas una continuidad a sus propias inquietudes, si estas no hubieran existido primero en su alma. Toda personalidad busca en otras su semejante y se confunde con aquellas que lo son, acrecentando así la suya propia.

Si de estos dos escritores pasamos a Dostoyevsky, citado también por Raúl Silva Castro como un modelo, el caso, aunque más complejo, es el mismo. Al lado de la personalidad de Gide y de Unamuno, la de Fedor Dostoyevsky destaca como una cúpula entre dos entecas torrecillas. Es la más tremenda personalidad que haya aparecido nunca en la literatura mundial. En un paralelo entre Tolstoy y Dostoyevsky, Alejandro Brückner, en su *Historia de la literatura rusa*, dice:

Tolstoy es aristócrata, enamorado de la naturaleza, hijo predilecto de la felicidad, colmado de todos los honores y satisfacciones; Dostoyevsky es plebeyo, hijo de la ciudad, perseguido por la policía, la censura y las deudas, presidiario y extrañado por la vida misma. Tolstoy es racialmente sano, león de nombre y de naturaleza, un roble firmemente arraigado en la tierra, con ramas nudosas que trepan hacia el cielo, pletórico de fuerza, de vida y de salud; Dostoyevsky un haz de nervios, que se contrae dolorosamente al más leve soplo, visitado cada mes o cada semana por la «santa enfermedad» (epilepsia), clavada en su cerebro. Tolstoy orienta su vida hacia lo más adecuado, cuida de su hogar con los medios más abundantes, manteniéndose en un estado de envidiable lozanía hasta los años

de Matusalén; Dostoyevsky hace siempre, contra viento y marea, lo que había de dañarle, tropieza con todas las trabas, no conoce medida alguna en el amor o el odio apasionado. Tolstoy es solamente épico, se detiene con apacible calma en las cosas mezquinas y grandiosas, en lo episódico de toda especie aunque también compuso dramas; Dostoyevsky es sólo dramático, aunque nunca compuso una escena; aquél relata siempre en forma clara e inteligible, éste dialoga, siempre confuso, con oscuras alusiones. Tolstoy escribe el libro del hombre sano. Dostoyevsky el del hombre enfermo; Tolstoy transparente la carne—de ella sólo es clarividente—, Dostoyevsky, el espíritu; aquél es nuncio de la más alegre afirmación vital, éste encarna todos los problemas grávidos. Tolstoy es irreligioso, ajeno a todo misticismo, racionalista a ultranza, rayano en una extrema tosquedad; Dostoyevsky busca a Dios y es místico

Si a este retrato de Brückner agregamos que Dostoyevsky nació en Rusia, país carcomido, atravesado y saturado de infinitas inquietudes, roído por el nihilismo, azotado por el más delirante misticismo, consumido por el hambre y donde se han mezclado varios pueblos que trajeron al cuerpo original de ese país infinitas preocupaciones religiosas, tendremos una explicación exacta de su obra, cuya base esencial está, sin embargo, en su personalidad. ¿Por qué Tolstoy, también ruso, no tiene semejanza con él? Porque tenía una personalidad distinta, como lo acabamos de ver en el paralelo de Brückner.

¿Hay entonces o no una profunda preponderancia de la personalidad en la obra literaria? La hay, sin duda alguna. No es suficiente, por consiguiente, para que tales preocupaciones sean llevadas a la literatura, que el escritor habite un pueblo donde existan en mayor o menor grado. Es necesario, antes que nada, que el escritor las sienta en sí mismo.

* * *

Pero traslademos a Gide, a Unamuno y a Dosto-

jevsky a Chile. Hagamos nacer en Santiago a los tres. Es otro el ambiente, otra la raza, otras las costumbres; todo es distinto, principalmente la mentalidad de sus habitantes. Supongamos que Gide fuera, como lo son la mayoría de los escritores chilenos, hijo de una familia pobre o acomodada, es decir, no rica. (En realidad, la familia de Gide es una familia de la clase media.) Pues bien: Gide nace en Santiago el año 1869 y empieza, como empezó en Francia, por estudiar ciencias. La familia habría dicho: «Muy bien; puede ser profesor o sabio», aunque esto de «sabio» no la convenciera del todo. Al abandonar Gide sus estudios de ciencias y dedicarse a estudiar música, la opinión de la familia ya no sería tan buena, pero, en fin, accedería: «Puede tocar en algún teatro o ser profesor.» Pero cuando el joven Gide, fatigado de estudiar música, decide entregarse a las letras, la sorpresa de la familia, si no el escándalo, no habría tenido límites. El padre diríale: «Hombre, Andresito: a mí no me parece mal la literatura. Yo he leído *El Quijote* y me ha hecho mucha gracia; pero piensa que en Chile no es carrera ninguna ser escritor. Puedes dedicarte a ella, pero aprende primero un oficio o sigue una profesión que te permita vivir. Y no te enfades. El deber de un padre es velar por el porvenir de sus hijos.»

Pero nuestro joven Gide, desoyendo los consejos de su padre, se dedica sólo a la literatura, publicando en Santiago, en 1891, un libro anónimo titulado: *Los cuadernos de André Walter*. Es mal año para la literatura. Estamos en plena revolución. André Gide obsequia su libro a los escritores santiaguinos y pone algunos ejemplares a la venta. Vende, supongamos, ochenta ejemplares. (En 1857 Vicuña Mackenna vendió 30 ejemplares de *El ostracismo de los Carrera*.) ¿Por qué tan poco? Porque el mercado no da para más y porque debido al ambiente, a la calidad de la cultura

que ha recibido en Chile, calidad muchas veces inferior a la que hubiera podido recibir o recibió en Francia, debido también al ningún estímulo espiritual que le ofrecía la literatura anterior de su país, el libro del André Gide nacido en Santiago no es tan bueno como el del André Gide nacido en París. El joven escritor se desconcierta un poco, pero insiste. En 1891 publicó el verdadero André Gide tres libros: dos ediciones de *Los cuadernos de André Walter* y una de *El tratado de Narciso*. En Chile hubiera publicado su segundo libro al año siguiente o dos años después, corriendo con él la suerte del anterior. Si el mismo caso se hubiera repetido tres o cuatro veces, ¿qué habría hecho el joven escritor santiaguino André Gide? Habría llegado un instante en que su familia le negara auxilio para sí y para publicar sus obras; buscaría entonces un empleo y lo encontraría, perdiendo con ello una gran parte de su libertad. Además, al aparecer su primera obra tratando problemas sexuales, su situación se tornaría angustiosa; perdería su empleo y tal vez la estimación de sus amigos y la de su familia. En tal trance, ¿qué haría? Renunciar a la literatura o dedicarse sólo a describir el campo chileno, con lo cual uno de los problemas de la humanidad, el problema sexual, estaría en la literatura chilena en el estado en que está: inédito, intacto.

Tal habría sido el proceso literario del André Gide nacido en Chile el año 1869. En Francia ha sido distinto: hay ambiente para todas las ideas, hay cultura, hay miles de seres que compran las obras de Gide, que las leen y que, de cerca o de lejos, lo alientan y lo defienden. Puede un escritor tratar los problemas que le interesan personalmente y que, de paso, interesan a muchos otros hombres, sin temer la miseria o el aislamiento. En Chile no; y ahí tenemos explicado el por qué en nuestro país no ha sido tocado el problema sexual, a pesar de que existe. ¿Se llegará

a tocar? Creo que sí. El ambiente y la cultura se renuevan, para fortuna de los escritores que vendrán o para aquellos de los nuestros que se sientan atraídos por él.

El caso del Miguel de Unamuno nacido en Santiago sería distinto. Su preocupación no tiene un origen biológico, sino sentimental. Nacido en Chile, ese sentimiento no se hubiera dado en él con la fuerza que se dió o se hubiera dado en muy pequeña cantidad y sin trascendencia intelectual alguna. El hombre de estas tierras es de lo menos metafísico que hay. Descendiente, por una parte, de españoles que no trajeron a estas tierras sino un afán de lucro o de aventura, hombres sin preocupaciones religiosas, pues eran católicos a machamartillo, y de otra parte, descendiente de indios sin espíritu religioso, sólo supersticiosos, que no opusieron a los conquistadores ninguna doctrina propia, el hombre de Chile, representando a unos y otros, sólo cree o no cree. En cualquiera de estos casos su actitud no influye grandemente en su mentalidad, es decir, no constituye un problema o una inquietud primordial. Si llega a constituirlo, la expresión de ella queda encerrada en él mismo, pues el ambiente ametafísico de Chile, por medio de la indiferencia o de la ironía, le impone silencio. Si agregamos que en Chile no ha habido lucha religiosa (1), nos explicaremos la ausencia del problema o de la inquietud metafísica en su literatura. La inquietud metafísica tiene como base principal la idea de la existencia de Dios, o sea, de la inmortalidad, el deseo del hombre finito de imaginar, más allá de su existencia material, una realidad distinta de la suya, inmaterial, infinita. No existiendo esa idea o existiendo como existe en Chile, sin trascendencia intelectual, como un sentimiento íntimo y oculto, algo así como una prenda

(1) Me refiero a luchas de doctrina religiosa.

de vestir que no se puede nombrar ni mostrar a cada momento, mal puede aparecer en la literatura chilena de que hablamos. Tampoco en Chile ha habido grandes figuras de místicos; el misticismo, tal como se entiende en España, por ejemplo, no tiene tradición en nuestro país y aquellos que son o han sido dominados por él no han hecho o no hacen sino rezar y darse golpes en el pecho, sin pensar en ningún momento en manifestar por escrito, como los místicos verdaderos, sus pensamientos y divagaciones. Recordemos que los escasos escritores chilenos que se han convertido al catolicismo sólo han visto a su alrededor miradas burlonas y comentarios irónicos, cuando no mal intencionados, surgidos especialmente de labios de otros escritores. Y es que no sólo somos un pueblo ametafísico, sino también antimetafísico. Consideramos la exaltación de ese sentimiento como un mero fenómeno patológico.

Vemos, pues, en este segundo caso, explicada la ausencia de la inquietud metafísica en la literatura chilena. No existiendo en los escritores actuales, que generalmente han sido educados en un ambiente de incredulidad o de indiferencia, no puede tampoco existir en su literatura, y si en alguno existe y ha sido manifestada, esa inquietud metafísica ha tenido más un carácter filosófico, de la inteligencia, que un carácter sentimental.

Si de Gide y Unamuno pasamos a Fedor Dostoyevsky, el caso se repite. Falto de la inquietud metafísica de la raza rusa, no habría sido, como lo indica Brückner, un hombre místico que buscaba a Dios. No habría producido, entonces, la mayor parte de *Los hermanos Karamazov*. No existiendo en Chile nihilismo alguno, *Los endemoniados* no hubieran surgido de su pluma, como no hubieran surgido *La casa de los muertos*, *El subsuelo*, *El jugador* y, en general, la mayoría de sus obras. Hubiera llevado a ellas sus problemas e

inquietudes personales, pero éstas habrían sido infinitamente más superficiales que las que tuvo por haber nacido en Rusia. A su alrededor no habría visto sino seres tranquilos, campesinos sin complicaciones psicológicas, hombres ametafísicos de las ciudades, descendientes todos de españoles católicos y de indios sin imaginación, por todo lo cual su campo de observación y sus impresiones del ambiente y de los hombres se habrían semejado a las observaciones e impresiones de cualquier escritor chileno.

* * *

Y como este trabajo va tomando ya proporciones alarmantes, pondré término a él. He querido demostrar que no era el origen mesocrático de los escritores chilenos la causa de que en su literatura no aparecieran tales y cuales problemas; he querido demostrar que algunos no han sido tratados porque la capacidad cultural de los escritores no lo ha permitido; que otros, como el sexual, no ha sido posible tratarlo, a causa principalmente de la falta de cultura de sus habitantes y de la indiferencia que aquí existe por la literatura, lo que habría colocado al escritor que de él se ocupara en el disparadero de morirse de hambre o dejar de ser escritor; y que otros, finalmente, por causa racial, no tienen eco ni origen en los escritores nacionales. Todo esto he querido demostrar y no sé si lo habré hecho con la eficiencia que deseaba. La ambición era excesiva. Por lo demás, nadie ha dicho todavía la última palabra sobre la literatura chilena. Estamos empezando a hablar de ella. Tiene nuestra literatura matices y problemas que no han sido tocados aún y que esperan al hombre que los descubra y estudie, al hombre que investigue las relaciones que existen entre el escritor chileno y su pueblo, entre el escritor chileno y su ambiente, entre el escritor chileno y su raza, todo lo cual determina el carácter y el valor de su literatura.